

Doce de Octubre

José María Pemán.

AL margen de todo «lugar común» o de toda figura retórica, es ya una verdad adquirida y casi científica el carácter intuitivo —entre místico y poético— que adorna esa fecha del 12 de Octubre de 1492. Es todavía, en los albores de la Edad Moderna, una fecha de la Edad Media. Pisando ya el Renacimiento es una hora toda ella montada y construida sobre impulsos y reacciones psicológicas genuinamente medievales: cruzada de Fe, busca de las tierras de Marco Polo y Mandeville. Por algo, antes que los sabios de Salamanca y que los banqueros de la Corte, los primeros que entendieron la empresa fueron los frailes franciscanos, trabajados en sus almas seráficas por una ardiente tradición misionera: los frailes que hacía siglos habían proyectado una embajada a Abisinia para pactar una alianza con el Rey de Reyes —el Negus— que se decía era cristiano. Entre esto e ir a encontrar las tierras del Gran Kan por occidente y coger así por la espalda a los mahometanos, no hay mucha diferencia. Todo es arrebató idealista propio para poetas, misioneros... y mujeres. La Edad Media, antes de despedirse, quería lograr su mejor Cruzada y su más alta Caballería.

Pero por eso mismo esta fecha, rebose y salpicadura de la Edad Media, se instala en la hora renacentista un poco a contrapelo de sus nuevas ideas y sentimientos. La geografía un tanto delirante de Colón con su Cipango y su Catay y su certeza de que Cuba era la tierra firme de Zayto, hacía sonreír al humanismo racionalista de Pedro Mártir de Angleria y hacía decir al Padre Las Casas: «Esta algarabía no entiendo yo». Desde el día mismo del descubrimiento se inició ya la era de la sonrisa de superioridad y de la objeción enfáticamente científica. El doce de octubre fué todavía la hora de la poesía que construye: el 13 fué ya la hora de la pedantería que regatea. Por eso la empresa de Co-

lón que conmovió durante algunos años a las mentes sencillas, estaba al poco tiempo casi olvidada como un romance viejo. Los doctos se echaron bien pronto, con voracidad, sobre la *Carta* de Américo Vespucio, donde con exclusión de los delirios poéticos-geográficos de Colón, se perfila ya, con empaque científico, el enriquecimiento del planeta con el hallazgo de un nuevo Continente. La preterición del nombre de Colón al bautizar el Nuevo Mundo y el desproporcionado honor dado a Vespucio al llamarle *América*, no es ni un azar ni una malicia: es un fenómeno sencilla y tranquilamente renacentista. Colón llegaba tarde con su fogosa fantasía. Vespucio supo hablar el lenguaje de la hora. Había una sonrisa preparada para quien nombrara a Cipango, y un embobamiento muy doctoral prevenido para quien hablara de la *Quarta Pars* del planeta aparecida al Sur de la línea equinoccial.

Y no ha sido sino este duelo de la poesía arrebatada y la cominería científica el que se ha prolongado a lo largo de cuatro siglos en todo el pleito colombino y americano. Todas las cosas del Nuevo Mundo han estado dispuestas entre altos sentidos ideales y espiritualistas y mezquinas interpretaciones económicas y utilitarias. Fué aquel 12 de Octubre una explosión de esencias medievales que siguió escandalizando todos los siglos de la cultura racionalista y técnica. Todas sus cosas y valores se rebajaron sucesivamente desde aquellos altos niveles de cruzada y misión, hasta las más pedestres líneas de negocio, explotación y política. Era el tono de esos siglos: era la rachá demoledora de la hipercritica que pasaba igualmente sobre el Cid, sobre Carlomagno o sobre Jesús. El 12 de Octubre tuvo sencillamente sus Dozi, sus Harnack o sus Renan.

Pero el mundo ha llegado al final de ese ciclo de pensamiento. Toda esa atmósfera vital de «existencialismo» que sacude ahora al pensamiento, ha vuelto a valorar como instrumento de conocimiento, más allá de la razón, la intuición poética o la experiencia mística. La ciencia toca por sus orillas máximas y mínimas, microscópicas o macrocósmicas, las infinitudes de la relatividad y de la indeterminación donde la materia casi se hace espíritu y la ciencia se hace poesía. La inteligencia, por su parte, toca fronteras y límites donde todo y sobre todo la vida queda inexplicado si no nos resolvemos a saltar audazmente a los campos asistemáticos e irracionales de la intuición... ¿No es ésta la hora de valorar no ya anticientíficamente, sino ajustándose a la nueva ciencia y a la nueva filosofía, toda la parte de lo intuitivo y lo místico en la creación colombina?

Una revisión así enfocada del 12 de Octubre y de sus consecuencias, nos reencajaría la historia en muchas verdades que, no por haber parecido ayer arrebatos retóricos, dejaba de ser verdad. Nos encontraríamos con que, a fuerza de frialdad científica, en muchas cosas «nos habíamos pasado de listos». Es muy sencillo supervalorar, por ejemplo, lo que significó entre los impulsos de la conquista el negocio de las «especies»: el afán de llegar a las tierras del clavo y la canela por occidente como por oriente habían llegado los portugueses. Pero es muy posible que la categoría de verdadero arrebato que este móvil de las «especies» tuvo históricamente en aquella hora, no lo alcancemos del todo, si sobre su enjuto sentido financiero, no nos arriesgamos a pensar todo lo que aquellos polvillos excitantes y refrescantes significaban, como el néctar para los dioses antiguos, para el hambre vital de aquellos impulsivos del Renacimiento. Es también sencillo, y casi vulgar y torpe, explicar la facilidad es-

pañola en mezclarse con las razas indígenas por meras motivaciones sexuales y temperamentales. Pero otra vez nos pasaríamos de listos: ¿cómo explicar entonces la boda de las princesas aztecas hijas de Moctezuma, que Cortés trajo a la Corte y que el Emperador unió con ilustres caballeros de la Grandeza que fundaron, con ellas, insignes linajes? ¿Qué hambre sexual ni qué aventura de selva a lo Tarzán, puede explicar esas bodas cortesanas montadas sobre una clara armazón doctrinal y mística de la unidad y fraternidad de la especie humana?

En resumen: los poetas no han dejado nunca de dar al 12 de Octubre estas anchas proyecciones idealistas. Pero ahora los filósofos y los científicos vienen en su ayuda: y empiezan a autorizar a la Historia a que, sin mengua de su gravedad, coloree su explicación del gran suceso, con resueltas apelaciones a la Poesía y a la Fe.

